

teriores a la conquista en la que se recordaba a san Vicente, mártir del primer cristianismo local, con la peregrinación a su sepulcro en la Roqueta. El Nueve de Octubre fue asumiendo a cada convocatoria nuevos perfiles que ensalzaban los valores de la comunidad ciudadana y de adhesión a la corona, otorgando mayor protagonismo a las facultades directivas de los magistrados y a las capacidades jurisdiccionales y militares de la capital del reino. A mediados del siglo XIV también comenzó a ser celebrado san Jorge como patrón de las milicias valencianas, acaudilladas por el justicia criminal enarbolando la señera.

Pero la expresión más sublime del repertorio ceremonial de la ciudad fue la procesión del Corpus Christi. En las décadas finales del Trecentos fue adquiriendo unos rasgos espectaculares que desarrollados de forma creciente convirtieron aquella cita en fiesta mayor de la ciudad. No sólo por los elementos teatrales, lúdicos y fantásticos de los motivos empleados sino por la trascendencia simbólica que adquiría la celebración de la eucaristía. Todas las parroquias, conventos y oficios de Valencia constituían una comitiva que recorría un circuito urbano con la custodia, la cual era acompañada por los jurados y oficiales de la ciudad y reino, proyectando una imagen honorable de la sociedad y a la vez de legitimidad institucional, pues contaba con la presencia física de la divinidad. Un momento cumbre en la expresión de la cohesión y jerarquización de la comunidad urbana que además permitía presentar y aceptar públicamente a los jurados elegidos diez atrás en la víspera de la fiesta de Pentecostés, la cual recordaba el descenso del Espíritu Santo sobre colegio apostólico precisamente el día en que era escogidos mediante sorteo los jurados de la siguiente anualidad de gobierno.

A lo largo del siglo XV otras celebraciones religiosas contaron con la asistencia institucional del municipio. La celebración del Ángel Custodio, considerado protector de las ciudades ante la peste u otras adversidades, fue en auge desde 1414 al capitalizar las rogativas que pretendían coartar los catastróficos efectos de las epidemias al principio de los calores estivales. De este modo fue considerado protector especial de las comunidades urbanas, conservador de la paz y guía bienhechora de sus ciudadanos ante las amenazas imprevisibles y colectivas. Por otra parte, la celebración de san Vicente Ferrer desde 1456 tuvo unas repercusiones ideológicas, devocionales y festivas trascendentales, al ser el primer santo valenciano elevado a los altares por Roma, pronto considerado patrón y protector del reino. Si la reiterativa celebración de estas fiestas reactualizaba el recuerdo de los orígenes y la singular idiosincrasia local, la conmemoración de los centenarios de aquellas efemérides constituyeron momentos de exuberante y apoteósico regocijo, en el que se volcaron los órganos de gobierno, como bien reflejan los libros de memoria elaborados para dejar constancia futura de aquellos mismos fastos.

La organización de la Iglesia valenciana

[MARÍA MILAGROS CÁRCEL ORTÍ / VICENT PONS ALÓS –UVEG–]

Tras la conquista cristiana, una primera etapa conllevó la restauración del culto cristiano y la organización de una estructura parroquial para la que se aprovechó la red anterior de mezquitas, muchas de las cuales fueron consagradas de nuevo, convertidas en iglesias y dedicadas en gran parte a



La catedral de Valencia, dedicada a Santa María, fue consagrada el 9 de octubre de 1238. Los más de 100 pergaminos de Jaime I conservados en su archivo capitular demuestran la protección que le dio este monarca. Contaba con un capítulo de 23 canónigos, presididos por un deán. De sus filas saldrán los principales cargos de la curia, entre ellos todos los vicarios generales y oficiales.

Nave central de la catedral de Valencia.
Foto: Juan Carlos Navarro Fajardo.

Santa María. El territorio del nuevo reino de Valencia se repartió en cuatro diócesis: el norte se vinculó una parte a la de Tortosa y el resto a la de Segorbe-Albarracín, el sur se adscribió a la de Cartagena hasta que en 1564 se erigió la de Orihuela, y la amplia zona central, desde Sagunt a Dénia, a la de Valencia. Ya antes de la conquista se había planteado el problema de a qué provincia eclesiástica debía adscribirse la diócesis Valentina. Finalmente, a pesar de las pretensiones del arzobispo de Toledo, todas ellas fueron sufragáneas de la archidiócesis de Tarragona, hasta que en 1492 Valencia fue erigida en metropolitana.

El primer obispo de Valencia, Ferrer de Pallarés, dividió la diócesis en dos arcedianatos: Valencia y Xàtiva, a los que se añadieron en 1279 los de Sagunt

y Alzira. La designación de los obispos entre los siglos XIII y XV, quedó en manos, salvo contadas ocasiones, del cabildo de la catedral, no siendo ajena su actuación a las presiones de la oligarquía de la ciudad. A partir de Alfonso de Borja, los preladados valencianos no residieron normalmente en la diócesis, que pasó a ser gobernada por sus obispos auxiliares y los vicarios generales.

La catedral de Valencia, dedicada a Santa María, fue consagrada el 9 de octubre de 1238. Los más de 100 pergaminos de Jaime I conservados en su archivo capitular demuestran la protección que le dio este monarca. Contaba con un capítulo de 23 canónigos, presididos por un deán. De sus filas saldrán los principales cargos de la curia, entre ellos todos los vicarios generales y oficiales.

El código 98 del Archivo de la Catedral de Valencia, que contiene entre otras las Constituciones sinodales de la Iglesia Valenciana desde el obispo Andreu de Albalat (1248-1276), empieza con la lista de parroquias más antigua, un total de 119, no sólo porque sus rectores eran convocados y participaban en las sesiones de los sínodos, sino también porque constituyen el fundamento de la nueva sociedad cristiana. Las parroquias, sin embargo, no se limitaron sólo a ser un instrumento de cristianización, se erigieron también en un elemento constitutivo en la configuración y repoblación de la ciudad, referente urbanístico, visual y acústico o fiscal. Doce seran las primeras parroquias de Valencia:

San Pedro. Erigida dentro de la catedral, radicaba originariamente en la primera capilla de la nave izquierda, en el lugar que hoy ocupa la de Santo Tomás de Villanueva. En 1305 era su vicario Bernat Costa, con una renta anual de 365 sueldos.

San Martín. Una de las más antiguas y más grandes de Valencia. Poseía el cementerio musulmán de la Boatella y en su ámbito destacó la cofradía de Nuestra Señora de Belén. En 1305 era su rector Romeu de Frígola. De su esplendor en la segunda mitad del siglo XV habla la estatua ecuestre en bronce de san Martín, sufragada por los Peñarroja.

San Andrés. Consagrada por el arzobispo de Narbona en 1238, en ella destacó la cofradía de los sastres. Su rector en 1305 fue Mateu Seloni, con una renta anual de 1.347 sueldos.

Santo Tomás. Erigida en vicaría en 1294 y en rectoría en 1393, estaba ubicada en la calle de Cabillers, esquina a la de Avellanes. Fue vicario en 1305 Berenguer Çatorra, con una renta anual de 500 sueldos.

San Esteban. Anexa al canónigo sacrista de la catedral, en el siglo XV era conocida como la parroquia de los notarios, y en ella fueron bautizados san Vicente Ferrer y san Luis Bertrán, hijos de notario. Tenía su sede la cofradía de los *corders*, pasando a ser más tarde la parroquia de la nobleza, junto con las del Salvador y San Nicolás. En 1305 era su rector Martí d'Albalat, con una renta anual de 1.387 sueldos.

San Salvador. En su altar mayor se venera la antiquísima imagen del Cristo del Salvador. En ella tenía su sede la cofradía de *ballesters*, conocida como el Centenar de la Ploma, y en su ámbito destacaba también la de Sant Narcís. En su demarcación existía una capilla dedicada a Sant Jordi. En 1305 era rector Bernat de Muntcada con una renta anual de 1.257 sueldos.

San Lorenzo. Citada en el *Repartiment* en el barrio de Daroca, era ya parroquia en 1250. En ella tenía su sede la cofradía *dels armers*. En 1305 era rector Ramon de Villata con una renta anual de 1.250 sueldos.

San Bartolomé. Donada en 1240 a la orden del Santo Sepulcro, estuvo vinculada a los canónigos de Santa Ana de Barcelona hasta 1458. En su ám-



Santa Catalina. Hasta 1507 su jurisdicción incluyó también el término de Campanar y sus límites se extendían más allá de la Porta Nova hasta el antiguo torreón llamado de *Santa Caterina*. En 1300 se reformó la primitiva iglesia y en 1390 se comenzó la torre. En su fachada principal estaba ubicada la Llotgeta del Mostassaf, y en su ámbito destacaron los gremios de *platers, sabaters y tapiners*.

Iglesia de Santa Catalina.
Foto: Juan Carlos Navarro Fajardo.

bito tenía su sede la cofradía de los *assaonadors*. En 1305 era su rector fray Bernat, con una renta de 1.144 sueldos.

San Pedro Mártir, más tarde de San Nicolás de Bari y San Pedro Mártir. Donada inicialmente por Jaime I para que se fundase un convento de Santo Domingo, fue erigida muy pronto en parroquia –antes de 1245– y entre sus rectores se cuentan Pere Erau en 1305 y Alfonso de Borja en 1419, futuro Calixto III. En su demarcación estaba la cofradía de los *peraires* y la casa de la cofradía de Sant Jaume.

Santa Catalina. Hasta 1507 su jurisdicción incluyó también el término de Campanar y sus límites se extendían más allá de la Porta Nova hasta el antiguo torreón llamado de *Santa Caterina*. En 1300 se reformó la primitiva iglesia y en 1390 se comenzó la torre. En su fachada principal estaba ubicada la Llotgeta del Mostassaf, y en su ámbito destacaron los gremios de *platers, sabaters y tapiners*.

San Juan del Mercado. Llamada al principio de la Boatella, por el nombre del barrio donde estaba ubicada. Parece que el origen de esta parroquia fue una ermita dedicada a san Juan Bautista y san Juan Evangelista, y la cura de almas estuvo vinculada hasta 1407 al chantre de la catedral.

Santa Cruz. Erigida sobre una antigua mezquita en el barrio extramuros de Roters, fue asignada a la orden de Roncesvalles. En 1305 era rector Bernat de Bonastre con una renta anual de 600 sueldos.

Más tarde se erigieron algunas parroquias más extramuros. San Miguel, levantada originalmente sobre una mezquita, fue suprimida en la segunda mitad del siglo xv para establecer la morería, y no fue erigida de nuevo en parroquia hasta 1529, asignándosele un territorio propio desmembrado de las parroquias limítrofes de San Nicolás y de la Santa Cruz; San Valero, eri-

gida en el antiguo poblado de Russafa, esta iglesia al contrario de la mayoría de las de la Huerta, que dependían de las parroquias de la ciudad, fue independiente desde 1239, y Santa María del Grao, en el barrio conocido como la Vilanova del Grau de la Mar.

Destacaban otras iglesias como las de San Juan del Hospital, que fue donada a la orden del Hospital en 1238. Sus capellanes, a pesar de no ser parroquia, eran seculares y dependían del ordinario. Entre sus capillas y cofradías sobresale la de Santa Bárbara, cuya devoción fue fomentada por la emperatriz de Bizancio, Constanza, enterrada en dicha iglesia. Otras iglesias rurales de la Huerta inmediata, como las de Benimaclet, Mislata, Patraix o Campanar, dependían de las parroquias de la ciudad.

En el origen de esta distribución parroquial pudo haber influido la ordenación por barrios establecida en el *Llibre del Repartiment* y la *Ordinatio Ecclesiae Valentinae*, que cita diez iglesias parroquiales en la ciudad de Valencia en diez lugares que fueron anteriormente mezquitas, ordenándose en espiral en el espacio intramuros de la capital.

Todas tenían su cementerio adjunto, el *fossar*, y contaban entre sus prerrogativas, aprobadas en sínodo, con la llamada cuarta funeral, derecho de la parroquia a una parte del estipendio del entierro de un feligrés propio celebrado en otra iglesia. Uno de los litigios por este tema entre la parroquia de San Andrés y los conventos de la ciudad será concordado por el mismo san Vicente Ferrer en 1389. Son también vehículo de participación y aglutinamiento social. Algunos cargos municipales y el mismo *consell* de Valencia se nutría de los representantes elegidos por las doce parroquias. Cada una disponía de su propio consejo de seglares y consejo de fábrica para la conservación del edificio, eran sede de cofradías y otras asociaciones vinculadas a los gremios y a los distintos grupos sociales. El edificio de las iglesias se utilizaba también para usos civiles, como la reunión de comunidades –de regantes o de oficios– y el juramento de los cargos de estas instituciones. A través de los *bacins*, *pietances* o *almoines* no sólo ejercían la caridad: el de la obra y luminaria de la iglesia (dedicado al mantenimiento del edificio), el de los pobres (para la ayuda de los necesitados de cada parroquia), el de las huérfanas a maridar (para la ayuda y dote de las doncellas huérfanas) y el de cautivos a redimir, sino también organizaban las principales festividades, como la procesión del Corpus Christi, que empezó a celebrarse en Valencia en 1355, siendo obispo Hug de Fenollet. Tarea de estos seglares era administrar los ingresos por diezmos y primicias, así como las sisas e impuestos recaudados para la conservación del edificio o fábrica.

La almoina más importante fue la fundada por el obispo Ramon Despont, la Almoina de la Seu, de la que dependían el lugar de Benimaclet y la alquería de Benirredrà. También otras, como la instituida en 1474 por el canónigo de la catedral Vicent Climent, que repartía anualmente 600 panes y 80 libras entre los pobres.

Por lo que se refiere a las órdenes religiosas, fueron los franciscanos, que abrieron casa en Valencia en 1238, la orden que más conventos abrió en el reino, en parte por la protección real, en parte por la devoción popular, manifestada en los porcentajes más altos a la hora de pedir su hábito como mortaja. En 1428 abrieron otro convento en la capital del reino, el de Santa María de Jesús, con la ayuda de la reina María, una de sus principales protectoras.

Le seguían los dominicos, que abrieron también su primera casa en Valencia en 1238 y fueron quienes desempeñaron un papel cultural más relevante, ya que contaban con una nutrida biblioteca y un aula de teología.



La iglesia de San Juan del Hospital, que fue donada a la orden del Hospital en 1238. Sus capellanes, a pesar de no ser parroquia, eran seculares y dependían del ordinario. Entre sus capillas y cofradías sobresale la de Santa Bárbara, cuya devoción fue fomentada por la emperatriz de Bizancio, Constanza, enterrada en dicha iglesia. Otras iglesias rurales de la Huerta inmediata, como las de Benimaclet, Mislata, Patraix o Campanar, dependían de las parroquias de la ciudad.

Capilla central de la iglesia de San Juan del Hospital. Foto: Juan Carlos Navarro Fajardo.



La orden del Císter abrió el priorato de Sant Bernat de l'Horta o Rascanya (1381), vinculado al monasterio de Santa María de Poblet, donde se levantará en el siglo XVI el de Sant Miquel dels Reis. Con menos casas fueron teniendo también presencia los mercedarios (1238), trinitarios (1243), agustinos (1300) y carmelitas (1281).

Para las órdenes femeninas la jerarquía en el número de conventos se repite: en 1268 se fundó el de Gratia Dei o la Saidia, del Císter. Las clarisas fundaron tres monasterios: antes de 1249 el de Santa Isabel y Santa Clara, llamado más tarde de la Puritat; en 1445 el de la Trinitat, de donde fue su primera abadesa sor Isabel de Villena, y en 1496 el de Santa María de Jerusalén. Las dominicas abrieron el convento de Santa María Magdalena (1287), y el de Santa Catalina de Sena (1491), junto a la desaparecida judería.

Las agustinas fundaron en 1298 el convento de Sant Julià, en el camino de Morvedre, y dos años después, el de Santa Celestina, cuya comunidad acabó trasladándose en 1420 al primero. También en 1409 las agustinas de Alzira se trasladaron a Valencia y fundaron el convento de Sant Cristòfol. Sólo un convento de monjas carmelitas se abrió en Valencia: el de la Encarnación en 1502, que conserva una excelente talla de la Virgen del siglo XIII.

Algunos de ellos se erigieron en grandes centros de peregrinación y religiosidad, como el monasterio de Sant Vicent de la Roqueta, núcleo cristiano importante documentado durante la dominación árabe, y uno de los principales lugares vinculados al culto de san Vicente Mártir. Esta antigua basílica pasó a ser en 1289 priorato de la abadía de Poblet, con iglesia, monasterio y hospital de peregrinos, y con señorío sobre los lugares de Quart y Aldaia, sirvió para algunas exequias reales y desde 1338 la pro-

Los dominicos abrieron su primera casa en Valencia en 1238 y fueron quienes desempeñaron un papel cultural más relevante, ya que contaban con una nutrida biblioteca y un aula de teología.

Claustro del convento de Santo Domingo. Foto: Eduardo Alapont.

cesión general que el día de Sant Dionís conmemoraba la conquista de Valencia, empezaba en la catedral y terminaba en Sant Vicent. Si al principio fueron santa María del Puig, la Mare de Déu de Gràcia de los agustinos y santa María de la catedral las principales devociones marianas, en el tránsito a la Edad Moderna fue aumentando la devoción a la *Mare de Déu del Ignocents i Desemparats*, vinculada a una de las cofradías más importantes, junto con la de San Jaime.

La geografía religiosa se completaba con beaterios, caso de los adscritos a la orden dels *freres del sac*, de frailes y monjas penitentes, disuelta en el concilio de Lyon de 1274. Transformada, parece que todavía tenía casa abierta en Valencia en 1316, donde convivían mujeres llamadas *beguines*, que habían adoptado la tercera orden de san Francisco y que tenían a su cargo un hospital. Otra de ellas, dotada por Na Soriana, constituyó el origen de la Casa de Repenedides, más tarde convento de San Gregorio de Valencia, que de ser un lugar de atención a mujeres marginadas de todo tipo, pasó en 1345 a ser un centro de control de la prostitución, dirigido por el propio gobierno municipal.

LAS BASES ECONÓMICAS DE LA CIUDAD MEDIEVAL

Las políticas económicas del consell municipal

[JUAN VICENTE GARCÍA MARSILLA –UVEG–]

La Valencia medieval nunca fue una república mercantil comparable a Venecia o Génova. Sus destinos siempre estuvieron ligados a la instancia superior de la corona aragonesa, a la que en muy contadas ocasiones se opusieron los dirigentes locales. Sin embargo, la potencia demográfica y política de la urbe la convirtieron a menudo en portavoz autoproclamada de los intereses de todo el reino y, sobre todo en el aspecto económico, Valencia gozó de una amplia autonomía que le permitió desarrollar estrategias propias.

Los registros del archivo municipal se convierten así en el reflejo del proyecto urbano de una oligarquía gobernante que veía en el progreso económico el objetivo prioritario a alcanzar. Y ese progreso se identifica sobre todo con el comercio, especialmente con el de amplio radio que utilizaba el Mediterráneo como principal vía de comunicación. «Los mercaders són vida de la terra e tresor de la cosa pública» proclamaba Francesc Eiximenis, el gran ideólogo de la burguesía valenciana, a finales del siglo XIV. Por eso la gran apuesta del *consell* valenciano consistió en insertar la ciudad en las grandes rutas del comercio internacional y convertirla al mismo tiempo en la ventana por la que el reino se abría al mundo.

Para ello, un obstáculo importante era la ausencia de un verdadero puerto donde pudieran fondear los barcos de gran calado, un proyecto que el gobierno local planteó en repetidas ocasiones, pero que finalmente no se llevaría a efecto hasta el siglo XVIII. Con todo, la construcción de un faro y el nombramiento de un guardián del puerto ya en el siglo XIII, y más tarde la construcción de las atarazanas, demuestran hasta qué punto las autoridades municipales se preocuparon por mejorar sus precarias infraestructuras por-